

RESEÑAS

Luis Aguilar Monsalve,
Mímimo mirador,
Madrid, Verbum, 2010

Si aún los grandes universos novelescos necesitan de espacios de silencios y, muchas veces, guardan más de lo que dicen, sobre todo en los personajes que se quedan con sus secretos y misterios; si los cuentos, en su estructura perfecta, donde nada debe faltar y sobrar, sugieren, evocan, siguen contándose después del punto final, o inventan en nuestras cabezas nuevas historias..., ¿qué decir de los microrrelatos –en este caso los del narrador Luis Aguilar– reunidos bajo un título bien logrado? ¿Cómo decirlo todo, o casi todo, sin decir nada, o casi nada?

Pues esa es la técnica, el desafío y el encanto del microrrelato, a los cuales pocos pueden acceder, y yo no me cuento entre ellos.

Son más de 80 textos breves, a veces brevísimos, leves, ingravidos. Su fuerza, su “peso” está justamente en esa levedad, en esa ligereza.

Me han llegado adentro especialmente “Lo que está mas allá de una puerta”, por la sensación de un irse o diluirse perpetuo, en espera de un res-

cate que no se sabe cuando llegará; “De pronto, el otoño”, uno de mis preferidos, donde el tiempo se contrae y el encuentro consigo mismo, la memoria, es un desafío a cada uno de nosotros; “He allí otra vez”, o la persistencia de esa misma memoria, ahora circular, reiterativa, presente antes y ahora con la misma carga emotiva: nada sucedió ni nada sucederá hoy; “A veces una entrada”, ¿no es una prueba más que la literatura es un juego en el que también intervienen nuestros fantasmas sin ser llamados?; “Marcelo Casares” –me desvíó del autor y tomo un atajo donde quizás yo mismo me encuentre–, ¿no es la catarsis perpetua del escritor, su desdoblamiento, más aún su multiplicación?; “El cuadro de la diminuta puerta”, entra a otra realidad igualmente válida, a otra dimensión que no es imposible, más aún que inevitablemente sucedió, y nos señala que no hay límites precisos entre el delirio y la escena; “¿Me llamará hoy?”, o el retorno a esa otra dualidad donde jamás podremos distinguir la casualidad y nuestros deseos, el equívoco o la intención; “El misterioso mundo”, o las sombras, y si se quiere los cuerpos, que rondan todos los lechos... (también uno de los preferidos); “Las escaleras también” es un rayo que

no termina, que retumba y continúa sin detenerse, sin acabar; cuento excelente, delirante.

En todos los microrrelatos, la imaginación es una constante que permite ofrecernos cápsulas que estallan en los cierres del relato, burbujas que se esfuman en el aire, esferas que caen de improviso y se rompen en la sorpresa, pequeños círculos que dan vueltas sobre sí mismos, espirales que se cortan o que, acaso, no terminen.

MODESTO PONCE MALDONADO
QUITO, DICIEMBRE 2010

GUIDO TAMAYO,
El inquilino,

Bogotá, Mondadori, 2011

Se trata de un escritor llamado Manuel de Narváez que a sus 64 años se enfrenta a la muerte, solo, enfermo y pobre en su buhardilla de Barcelona, lejos de su país, Colombia, en la noche de un viernes sin premoniciones. *El inquilino*, ópera prima de Guido Tamayo, Premio Nacional de Novela Breve organizado por la Universidad Javeriana, en el 2010, es la historia de una agonía en la que cabe la escritura como derrota personal pero al mismo tiempo como confrontación vitalista a la muerte. De Manuel cuenta el narrador:

Escribe porque escribir y vivir son lo mismo dentro de su invadido organismo. Escribe porque el cáncer no podrá desalojar toda la literatura que él ha inculcado en su delgado cuerpo. Escribe porque morirá escribiendo y será polvo, pero polvo literario. (105)

En la novela breve de Tamayo, la escritura como opción de vida de su personaje es un camino de derrotas: el éxito literario está reñido con la autenticidad del ser, el sosiego personal no es posible mientras exista la necesidad casi biológica de la escritura, el mundo carece de piedad frente a los derrotados por la exigencia del arte. Manuel de Narváez está atrapado en el desgarramiento que le provoca su propia imposibilidad de realización escrituraria: "Manuel no escribe con la serena disposición de un santo sino con la compulsión de un hombre endemoniado. Ataca las teclas con el vértigo de un poseído". (86)